



LIBROS

POR TOMAS CASTROVIEJO



CARTAS A MI HIJA (ALPHA DECA)

Baz Luhrmann nunca leyó "El gran Gatsby", sino que escuchó el audiolibro durante un viaje en coche, y sin embargo es culpa suya que F. Scott Fitzgerald se pusiera de moda durante una temporada del mes pasado gracias a su adaptación literaria. La película salió fallida pero sirvió al mes para reivindicar el libro original, que no hay quien traslade a la pantalla porque su verdadero valor está en el estilo de su atribulado autor, su devoción por las frases largas y su capacidad para encerrar sublimes contradicciones en un solo adjetivo. Si él es la grandeza de "El gran Gatsby", ¿no sería maravilloso sentirse a tomar un café con él un día y ver qué tiene que contarnos? Este estupendo libro ofrece básicamente eso: son las cartas con las que se dirige a su hija, Scottie, durante su fascinantemente accidentada existencia hasta su muerte en 1940. Hay consejos, hay observaciones y, sobre todo, hay más sentimiento que en el resto de la obra literaria de Fitzgerald. Para leer y dejar a mano para consultar hasta el final de los días.

NINONINONI (MADISMA)

El mejor libro infantil no es el que más entretenga a los pequeños, sino el que consiga hacerlo mientras, sobre todo, retrata a los adultos a esa sensibilidad fascinadora que se pierde a los pocos años de nacer y que se olvida de necesidad. Rafa Ruiz debió conservar esa sensibilidad gracias a algún recóndito instinto de supervivencia durante sus años como periodista centrado en temas medioambientales, y, si es que cabe diferenciarlos, sociales. Porque este segundo libro suyo defiende, a caballo entre la poesía y la narrativa, que la única forma de entender la naturaleza es a través de los ojos de un niño: los adultos están demasiado acostumbrados a sus milagros, demasiado poco sugestionados por sus misterios y lo que es peor, demasiado distanciado de su misticismo. A los niños le encantará pero no tanto como a los adultos que hayan olvidado el mundo mágico en el que tienen el privilegio de vivir.



MI PRIMO EL GASTROENTERÓLOGO (PÁLIDO FUEGO)

Poco antes de que Jonathan Franzen publicara "Las correcciones" (¿o fue "Libertad"?), y demostrara que, pese a siglos de fracasos, la Gran Novela Americana podía escribirse de forma más o menos oficial, el mundo literario en general se había rendido de conseguir tal concepto. Gente como David Eggers o David Foster Wallace habían pasado a deconstruir el mismísimo concepto de novela con brillantes ejercicios formales que le provocarían un infarto a Steinbeck. Mark Leyner es uno de ese grupo de brillantes novelistas dispuesto a cargarse la idea de lo que estaba claro que no iban a escribir. Este libro de formato indescriptible es un valiosísimo recuerdo de ese sentimiento en el que las referencias a la cultura pop desfilan con irreverencia casi *beatnik* y se reivindica, no sin sarcasmo, lo mundano. Una gran lectura para amantes de los experimentos.

LAS ILUSIONES (PERIFÉRICA)

Que el contenido dicta la forma es la mayor lección que ha aportado al mundo ese genio que tanto necio se cree comprender llamado Stephen Sondheim. La idea no la inventó él, claro, pero la llevó al máximo con una serie de obras maestras del musical que llevan años siendo destrozadas por todo el mundo. Todo esto viene a cuento porque lo que Jonás Trueba ha creado es exactamente eso: el contenido de sus "Las ilusiones" (una referencia a Los ilusos, con el que el Azcona que tantas alegrías dio a su padre retrató la bohemia madrileña de los 50) no es otro que el fascinante *zeitgeist* de la capital española, llena de jóvenes frustrados y ociosos ("su tiempo libre es su trabajo") que desean, sueñan y se contradicen. Lo genial es que respeta tanto este contenido como para que la forma sea una indescriptible narración de un autor, a veces ficticio, a veces él mismo, que imagina una historia. No hay trama, sino una sinfonía de momentos liberados de argumento que tienen valor por sí mismo. Si le pasa lo que a Sondheim, Trueba será imitado hasta la saciedad por gente que no entiende que lo irrepetible es la profundidad de sus ideas, no la forma.

LAS ILUSIONES (PERIFÉRICA)

Que el contenido dicta la forma es la mayor lección que ha aportado al mundo ese genio que tanto necio se cree comprender llamado Stephen Sondheim. La idea no la inventó él, claro, pero la llevó al máximo con una serie de obras maestras del musical que llevan años siendo destrozadas por todo el mundo. Todo esto viene a cuento porque lo que Jonás Trueba ha creado es exactamente eso: el contenido de sus "Las ilusiones" (una referencia a Los ilusos, con el que el Azcona que tantas alegrías dio a su padre retrató la bohemia madrileña de los 50) no es otro que el fascinante *zeitgeist* de la capital española, llena de jóvenes frustrados y ociosos ("su tiempo libre es su trabajo") que desean, sueñan y se contradicen. Lo genial es que respeta tanto este contenido como para que la forma sea una indescriptible narración de un autor, a veces ficticio, a veces él mismo, que imagina una historia. No hay trama, sino una sinfonía de momentos liberados de argumento que tienen valor por sí mismo. Si le pasa lo que a Sondheim, Trueba será imitado hasta la saciedad por gente que no entiende que lo irrepetible es la profundidad de sus ideas, no la forma.